

## TRATADO 12

### SEÑALES DE LA VERDADERA IGLESIA.

(Predicado el Jueves Santo) (1).

*Iustorum semita, quasi lux  
splendens crescit, usque in per-  
fectum diem.*

La senda de los justos, como luz resplandeciente crece, hasta hacer día perfecto.

(Prov., 4.)

#### 1.—*En el cenit del amor.*

Si de cualquier justo se dice esto [de los Proverbios] con verdad, ¿con cuánta más se dirá del Justo de los justos, por el cual todos los justos lo son: *Iustus et justificans impium* (Rom., 8)—en cuya comparación no se debe nadie llamar justo: *Sicut nemo bonus, nisi solus Deus?*

¡Qué caminos, qué sendas llevaste, Señor, desde que en este mundo entraste, tan llenos de luz, que dan *sabiduría a los ignorantes* y calor a los tibios! ¡Cuánta verdad dijiste! (Jn., 9): *Quamdiu sum in mundo, lux sum mundi*. Luz fué tu Nacimiento, luz tu Circuncisión, tu huir a Egipto, tu desechar honras; y esta luz *crece hasta hacer perfecto día*. El *día perfecto* hoy es y mañana, en los cuales obras cosas tan admirables, que parezcan olvidar las pasadas; tan llenas de luz, que parezcan obscurecer las que son muy lucidas. ¡Qué denodado estáis hoy, Señor, para hacer hazañas nunca oídas, ni vistas en el mundo, y nunca de nadie pensadas! ¿Quién vió, quién oyó que Dios

---

(1) Después de un exordio eucarístico, el autor trata principalmente sobre la verdadera Iglesia.

se diese en manjar a los hombres, y que el Criador sea manjar de su criatura? ¿Quién oyó que Dios se ofreciese a ser deshonrado y atormentado hasta morir por amor de los hombres, ofendedores de Él? Hazañas, Señor, en que das a entender tu amor, con que nos consuelas; como en tiempo pasado las enseñabas con rigor, con que hacías temblar. Cantaremos con mucha razón (*Isa.*, 12): *Confitebor tibi, Domine, quoniam iratus es mihi, conversus est furor tuus*. Mirad qué va de riguroso Juez a manso Cordero, que muere por el bien de su ofensor.

Estas, Señor, son invenciones de tu amor, que hacen *día perfecto*, pues no puede más subir el amor de lo que Tú lo encumbraste hoy y mañana, dándote a comer hoy a los que con amor tienen hambre de Ti, y mañana padeciendo hasta hartar la hambre de la malquerencia que tienen tus enemigos de te hacer mal. *Día perfecto* en amor, *día perfecto* en padecer, y creciendo ha ido en lo uno y en lo otro, hasta el día de hoy y mañana; de manera, que no hay más que subir al amor que adonde Tú lo has subido. *In finem dilexit ecs.* Has amado a los tuyos *hasta el fin* del amor, pues amaste hasta donde nadie llegó ni pudo llegar.

Mas hace dificultad a esto, que los justos crecen en gracia, crecen en amor, crecen en méritos; que un tiempo tienen amor imperfecto, y otro son que van aprovechando; mas nuestro Señor y grande amador, nunca fué principiante en el amor; porque desde que su ánima fué criada y unida al Verbo divino, le fué dada toda la gracia y amor que son posibles tener una criatura; y aquel amor nunca creció, porque no hubo donde pasase; como un calor de un fuego no hay donde pase, por estar allí en sumo grado. De nuestro Dios está escrito (*Deut.*, 4): *Ignis consumens est*; no sólo en cuanto Dios por esencia, que es amor infinito, mas en cuanto hombre, que *gasta* nuestros pecados, padeciendo por ellos, y *gasta* aquel divinísimo Cuerpo, poniéndolo en la cruz por amor de nosotros.

Escrito está (*Eccl.*, 27): *Homo sensatus in sipientia permanet sicut sol; stultus autem sicut luna mutatur*; y no hay a quien no quepa parte de esta mudanza; pues unos están unas veces en gracia, otras en pecado: otros, aunque siempre en gracia, ya están tibios, ya fervorosos; ya aman más, ya menos; ya crecen, ya decrecen. Mas nuestro *Justo*, por antono-

masia, *permanet fixus sicut sol*; porque nunca crece ni mengua, mas [está] siempre aquel fervor lleno y vivo, amando cuanto se puede amar. Y este mismo amor tenía a los hombres cuando caminaba y cuando descansaba; cuando comía y cuando ayunaba; y no amó más a los hombres cuando estaba muriendo en la cruz por amor de ellos, que cuando estaba comiendo o durmiendo. Con tanto amor daba un paso por ellos, cuanto dió la vida por ellos.

Y de aquí es, que si se mira a lo que el Señor merecía y amaba y a lo que hacía, cualquier obra suya merecía nuestro rescate y nos merecía la gracia. Mas ordenó Dios, que aunque una obra bastara, y a *fortiori* muchas, todavía muriese, y con su muerte nos rescatase; para que siéndole a Él el rescate más costoso, nos declarase más su amor, y más le amásemos nosotros, y amándole fuésemos salvos.

¡Oh hijos de Adán, y cuán malos somos, pues para levantar nuestro amor para seguir el camino de la virtud, le pareció a Dios que no bastaba haberse hecho Hombre, y ayunado, haber caminado a pie, haber pasado trabajos e injurias, sino que nuestra tibieza y maldad hubiese menester cura tan costosa, que el Señor de todos padeciese bofetadas, y clavos y muerte! Confúndete, hombre, avergüénzate, y ensáñate contigo, que seas tal que sea menester levantarte con grandes palancas para sacarte el amor que eras obligado a dar de balde, con tanta costa de Cristo. Y si fuiste tal que con lo hecho no amases, no pase tu maldad tan adelante, que después de haber muerto por ti, le dejes de amar. Si no le amas, aun sin esto, es muy grande delito, ¿dónde pondremos al hombre que, siendo amado de su Dios hasta dar la vida por Él, no le ame? (1 Cor., 16): *Si quis non amat Dominum Jesum, anathema sit.*

Saca, pues, por esto que hoy y mañana ves en lo de fuera, lo que el Señor trajo siempre en su Corazón escondido. Este amor, que ves salir por estos resquicios o caños, de dársete en manjar y de morir por ti, este mismo, tan grande y maravilloso, te tuvo desde que se hizo Hombre por ti, y nunca de Sí lo quitó; con éste te traía en su pecho escrito, como madre a su hijo en su vientre. De manera que se cumple con gran verdad (*Isa., 16*): *Qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva.* Lo de ahora fué rebosar el amor encerrado.

No crece el amor del Señor *en sí*, ni tiene mudanzas de luna, mas estabilidad de sol; mas crece—como dijo la primera autoridad (*Prov.*, 4)—*cuanto a los efectos*, manifestándose más y más; y en estos dos días se manifestó hasta lo supremo que se puede manifestar y pensar. *Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?* (*Ps.*, 105). Y si las *potencias* (obras de su potencia) no hay quien las hable, ¿qué hará las obras de su amor y misericordias, pues que son: *Super omnia opera ejus?* (*Ps.*, 144). *Quis sapiens, et custodiet haec, et intelliget misericordias Domini?* (*Ps.*, 106). ¡Oh entendimientos de ángeles, venid, mirad las misericordias del Señor, que son tales, que ni aun vosotros las podréis comprender, cuanto menos nosotros! Si *vuela sobre el querubín* (*Ps.*, 17), que quiere decir *cumplimiento de ciencia*, ¿qué hará sobre unos entendimientos tan rudos? No usa aquí el Señor tanto de poder cuanto de amor; no tanto de alteza cuanto de humildad. Por eso es cosa más maravillosa en Él; porque un alto tratarse como tal, no hay que maravillar; tratarse como bajo, eso sí; y eso es lo que aquí trata Dios, de humillarse y amarnos.

Veamos ya estas maravillas tan nuevas y tan provechosas; veamos las invenciones de Dios; veamos los misterios de nuestra redención y vida; y descalzos los zapatos de nuestros sentidos de carne, quitados los vicios, que son tinieblas del corazón, atentos, humildes y devotos hallémonos presentes, y acompañemos al Señor, que en otra cosa no entiende sino en nuestro remedio, aunque sea con pérdida de su vida.

## 2.—Jesús cumple la Ley.

*Prima die azymorum accesserunt discipuli ad Jesum* (*Mt.*, 26). El obedientísimo, el ejemplo de la obediencia, quiso hasta la muerte guardar la Ley vieja, para cumplir con la obediencia de su Padre. Y para acabar la ley; porque no tiene ella más que desear, ni quiere ya que nadie la guarde, pues que Jesucristo la guardó. No quiere ya casarse con nadie, después que se casó con Cristo; porque nunca tanta honra le pudo venir, como guardarla el mismo que la dió. Ya vino, y la guardó, y se sujetó Él a ella: *Factum sub lege* (*Gal.*, 4). Quedó tan honrada y ufana, que no

quiere que más la guarde nadie, sino la que Cristo nuestro Señor dió nueva. ¿Qué es la circuncisión de carne? Circuncisión de espíritu; y así muy honrada y cumplida, quede sepultada en la letra, y viva según el espíritu. Porque otra cosa no es *nueva Ley*, sino espíritu de la Vieja, encerrado en la carne y sombras de la Ley y figuras. Y por eso, aunque muere según la letra, vive según su ánima; y más se dice cumplida y mejorada, que destruída; y así protestó el Señor que la venía a cumplir: *Non veni solvere legem sed adimplere* (Mt., 5). Y San Pablo dice (Rom., 3): *Legem ergo destruimus per fidem? Absit, sed legem statuimus.*

Manda, pues, a sus discípulos que vayan a Jerusalén a aparejar el cordero, y lo que fuere menester para la celebración de la pascua, que quiere decir *tránsito*, en representación y memoria de cómo Dios *pasó* de las casas de los de su pueblo, saludándolos, y matando a los enemigos. La señal de que los salvaba, era tener la sangre del cordero a las puertas; todo lo cual era figura.

### 3.—Sólo en la Iglesia romana celebra Cristo la Cena.

Mas veamos a qué Casa los envía para que le aparejen la Pascua. ¿Cuál es la Casa donde tal novedad ha de hacer Cristo, que se acabe lo viejo y comience lo nuevo: nueva Ley, nuevo sacerdocio, nuevo sacrificio, nuevo culto, y donde se había de cumplir lo escrito (Isai., 43): *Antiqua ne intueamini?*

No se nos pase por alto esta Casa, porque ésta significa la Iglesia. Y ¡ay de quien no supiere esta Casa, y morare en ella, porque tan imposible es salvarse fuera de ella, cuan imposible fué no ahogarse hombre que en el tiempo del diluvio no entrase en el Arca; y aún más imposible! No hay, fuera de la santa Iglesia Romana, salud; no aprovechan buenas obras; como San Cipriano dice: «Morir por Cristo fuera de la santa Iglesia Romana, no es martirio, ni basta para salvarse; más es perfidia y porfía, que martirio cristiano; porque no acepta Dios honra que le hagan, si deshonran a su Esposa la Iglesia.» En ésta, con poco se salvan, pues la fe y obras que se piden son fá illes con la gracia de Dios; fuera de ésta, ninguna cosa aprovecha. Pues San Agustín dice: «Obras buenas fuera de

fe, son como quien anda fuera de camino, que mientras más anda y corre, más se aleja del camino y llega al despeñadero.» Porque el que está fuera de la Iglesia, mientras más obras buenas hace, menos merecen nombre de buenas obras. Sin fe verdadera, engañado y fiado el tal hombre que está en buen camino, menos busca el bien, y más se confirma en el mal; y así se aleja más de la verdad, por ocasión de sus buenas obras.

¡Siete ojos, hermanos, siete ojos a la Casa donde el Señor celebra su fiesta, donde consagra, donde hace sacerdotes, donde predica a sus discípulos, donde envió después al Espíritu Santo! Porque como no hay más de una Iglesia verdadera, y en ella—y no fuera de ella—hay salvación, ya veis cuánto nos cumple acertar con ella, cuánto nos cumple salvarnos en ella.

#### 4.—*Fe y Sacramentos hay en la verdadera Iglesia.*

—¿Qué señas, Señor, tiene vuestra Casa, para que los discípulos atinen a ella para os aparejar la fiesta? ¿Qué señas tiene, Señor?

—*Intrantibus in civitatem, oscurrerit vobis homo* (Lc., 22). Entre tantas calles como hay en Jerusalén, entre tantas casas y gentes, tomad esta señal para que acertéis: *Seguid a un hombre que lleva un cántaro de agua.*

—¡Válame Dios, y qué señal tan extraña, tan humilde, y tan cierta, y llena de significación! El agua en la divina Escritura, *sabiduría* significa. *Aqua sapientiae salutaris* (Eccli., 15). En la divina Escritura, el agua significa la *gracia*. *Si quis sitit, veniat ad me et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vitae. Hoc autem dixit de spiritu, quem accepturi erant credentes in eum* (Jn., 7). Donde hay *sabiduría del cielo*, así atinaréis a mi Iglesia.

—Obscuras señas son, Señor.

—Pues mirad bien, que el agua va *en cántaro*, y así podréis por el cántaro atinar el agua. ¿Qué cántaro lleva *sabiduría del cielo*, sino la Escritura divina, en la cual está la ciencia y palabra de Dios? ¿Qué cántaro contiene *gracia celestial* con que se apagan los malos deseos y se riega el ánima, con que da fruto que lleve a la vida eterna, sino los santos Sacramentos

de la Iglesia que, como el Concilio Florentino y Tridentino dicen, contienen y dan gracia? ¡Oh preciosísimos vasos, que contienen tal licor, que es la gracia, y en los cuales mora y obra la virtud de la Sangre de Cristo, por la cual se nos ganó la gracia con que bien vivimos y nos salvamos!

Aquella Iglesia que cree y tiene la Escritura divina, y que tiene y confiesa haber Sacramentos por los cuales se da la gracia, aquélla tiene señales de la verdadera Iglesia. Porque la que dice que no hay Escritura, o que la gracia se da por la fe sola, y no los Sacramentos, no es agua en cántaro, ni tiene la señal que dió Cristo, y la que dijo, cuando dijo: *Quien bien creyere y fuere bautizado, sera salvo* (Mc., 16). No creer sólo, no bautismo sólo; fe y Sacramentos bien recibidos, y obras, es menester para ser salvos. Yo creo que queréis agua en cántaro, que salva ánimas; hela aquí: *Mundans eam lavacro aquae in verbo vitae. Salvos nos fecit per lavacrum regenerationis* (Eph., 5).

Y si por decir San Pablo en unas partes (Rom., 3): *Per fidem justificamur*, se entiende que la fe se requiere—como es verdad—, también se saca que Sacramentos se requieren y obras; pues dice por las mismas palabras lo uno y lo otro (2). Y si por decir que *per fidem*, o *ex fide*, se excluyesen los Sacramentos, luego diciendo *per lavacrum*, se excluirá la fe, pues no hay diferencia en el modo de hablar. Mas así como no es lícito excluir a la fe porque pide Sacramentos, así ni Sacramentos porque pide fe. Donde hubiere Escritura de Dios y Sacramentos, que contienen y dan gracia, *seguid a aquél*, y atinaréis a mi Iglesia.

##### 5.—*El Papa, señal de la verdadera Iglesia.*

—¿Qué haremos, Señor, si hay herejes que digan que creen la Escritura, y tienen a su modo sacramentos; dicen que tienen fe en Cristo, y dicen maravillas de Él? Dadme otra señal más precisa, y que no me deje engañar; señal clara, visible y manifiesta. ¿Cuál es, Señor, vuestra Iglesia?

—Mirad bien en lo que he dicho, que allí lo veréis. No dije yo: Entrad en una casa, y mirad donde hubiere un cántaro de agua, y allí aparejad, sino: Se-

(2) Véase el AUDI FILIA, cap. 44.

*guid un hombre que lleva un cántaro de agua.* Si miráis a solas el agua o el cántaro, por ventura os engañaréis; mas mirad que lo lleva *un hombre*, y de cierto no os faltará nada para acertar.

Herejes puede haber que traten palabras de Dios, Sacramentos santos; mas no quieren confesar que hay *un hombre no más* que lleve ese cántaro de agua. Dicen que no es menester que haya cabeza que sea hombre, sino que basta que el que es Dios y Hombre sea cabeza, y que a ése habemos de seguir.

Mirad que dice que *un hombre* lleva el cántaro de agua, porque ha de haber *un hombre* que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia. San Pablo dice: *Una fe, un bautismo* (Ephes., 4). Pues nunca habrá una fe, ni un bautismo, ni un Dios, ni un Cristo en los entendimientos de los hombres, si no hay *un hombre* que lleve el cántaro de agua, al cual vosotros sigáis.

Si no, preguntad a los que no quieren reconocer *hombre* que sea Vicario de Cristo en la tierra, si tienen una fe, y vereis que cada uno tiene la suya, y tantas fes cuantas cabezas, y tantas maneras de bautizar y tantas maneras de dioses. Un Dios hizo Arrio; y contrario de éste hizo Sabelio; uno pone distinción en la esencia, otro confusión en las personas; y otro hace su Dios como se le antoja. Y el Cristo de Eutiques es contrario al Cristo de Nestorio, y el de otros al de otros; y así, ni hay una fe, ni es conocido un Dios, ni un Cristo, si se quita que haya *un hombre* que vaya adelante con el cántaro de agua, a quien sigan los otros. Este es el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, que lleva en su mano *el cántaro de agua*, que es la divina Escritura y los Sacramentos; no porque él pueda hacer fe ni Sacramentos, como tampoco el hombre que lleva el agua crió el agua ni el cántaro; mas llevarlo en la mano es *declarar cómo se ha de entender*, y poner cada cosa en su lugar, y dar a beber el agua que Dios dió. Pues le está dicho (Jn., 21): *Apacienta mis ovejas*, ¿cómo las apacientará, si no le dan que pueda declarar la Escritura y los Sacramentos en que las ovejas se apacientan? Diósele este poder para *soltar y ligar*, para declarar e interpretar, y sobre él está fundada la Iglesia.

Y así la Iglesia es cosa manifiesta y clara, que aun los ciegos, si no quieren a sabiendas cegarse, encontrarán con ella. Esta es *la ciudad puesta en alto* (Mt., 5),

señal que aun desde lejos atinan a ella los caminantes. Si ella estuviera escondida, todo estuviera escondido; porque ella es la que da luz a todo. ¿Qué me aprovecha de que haya Escritura de Dios, si yo no se si es Escritura de Dios? ¿Y cómo sabré si lo es, si la Iglesia no me lo dice? «El Evangelio no creería, si la Iglesia no me lo dijera», dice San Agustín; no porque la [verdad] de Dios dependa de nadie, mas porque para saber si es verdad de Dios, es menester que la Iglesia me lo diga. ¿Y cómo sabré que tal paso de la Escritura quiere decir «esto y esto», pues cada uno da su entendimiento (3), y no hay cosa cierta, mirando a lo que cada uno dice, si no hubiese uno que sin errar me dijese: «Esto se entiende así»? Qui-tad esto, y andaremos tan a ciegas como si no hubiese palabra de Dios en la tierra. Porque si el entendimiento de ella queda a lo que un hombre dice, ya no es palabra de Dios, sino palabra de hombre; pues la palabra, en el entendimiento consiste, que no en el aire o en la escritura muerta. Pues para que haya una fe, es menester un sentido; y para un sentido cierto, ha de haber *un hombre que lleve en su mano el cántaro de agua*, y tenga poder para declarar y aclarar a los hombres *el agua*, que de sí es muy clara. Y esta es la señal de la Iglesia en que Dios mora: que tiene una Cabeza, que es el Papa, a quien han de seguir todos los demás y obedecerle. Iglesia manifiesta, no escondida, no invisible; porque de esa manera, lo que ha de declarar sería más obscuro.

#### 6.—*Jesús, a la mesa con sus discípulos* (4).

Tornando, pues, a la historia, idos los Apóstoles San Pedro y San Juan, hallaron *al hombre* que les dijo. Siguiéronle. Siéntase el Señor a cenar al modo de entonces, que era recostado, con sus discípulos, con sus doce ovejas, y con el lobo Judas enfrente de Sí. ¡Así, Señor, así nos dais ejemplo de igualdad unos con otros, pues tenéis asentados con Vos a una mesa unos hombres tan desiguales a Vos! Para que los que se

(3) *Entendimiento*: sentido.

(4) Desde aquí el autor indica, más bien que des-arrolla, el asunto del lavatorio de los pies.

tienen por principales en los pueblos, no se desdeñen de estar sentados en un asiento con los menores. ¡Oh cosa tan al revés, que en el convite que el Señor ordenó para enseñar igualdad y humildad, en aquella misma obra tú hagas cisma, y enseñes tu soberbia, tornando al revés la orden de nuestro Señor! Si por allá, en el siglo, eres soberbio, no lo seas en el convite que el Señor ordenó para te humillar; no te desdeñes de tener por compañero a tu menor, pues por mucho que le excedas, no será tanto como Cristo excedió a sus Apóstoles.

Mas aquesto de comer a una mesa con Judas, ¿quién lo contará? ¡Qué ejemplo de mansedumbre y caridad tan grandes nos es dado, para sufrir y procurar de reducir a buen camino al que por hacernos mal estaba perdido!

Y si estas cosas, Señor, no hay ojos que lleguen a poderlas mirar y reverenciar como es razón, ¿quién podrá mirar lo que se sigue? Está sentado Dios humanado a una mesa con unos pobres hombres, y no como principal, sino como sirviente; que Él lo dijo así (*Mt.*, 20); porque debiera repartirles Él la comida. Si esto excede a todo entendimiento y lo saca de sí, ¿qué hará, Señor, verte levantar de la mesa a lavarles los pies? (*Jn.*, 13.) ¿Qué haces, Señor, que no hay quien te alcance a mirar? ¡Señor, que te vas de vista, como águila que vuela mucho! Mas no es este vuelo levantándote en alto, que esto para Ti no fuera mucho; mas te postraste, Señor, tan bajo, que, de bajo, no hay quien te vea.

Va un hombre por un camino de una sierra alta, y si se para a mirar a la hondura en algún valle, parece que se le anda la cabeza, y no tiene vista para bien mirar lo que allí está. Así, cuando uno se para a considerar a Jesucristo arrodillado delante de unos pescadores, no hay juicio ni entendimiento que baste a mirar tal humildad. Y así San Pedro, que fué el primero a quien Cristo lavó, no pudo sufrir tal obra, y por tanto no lo quería consentir. Te abajaste, Señor, tanto, que no te hallamos; mas según nos dieres tu gracia, consideraremos, siquiera en parte, algo de este tan profundo misterio.

7.—*Lavatorio de los pies.*

*Ante diem festum Paschae...* Cuenta el Evangelista su alteza primero, para más encomendar su humildad. Dice San Agustín: «Este tan alto, *levantóse* de la mesa. El que ha estado en la mesa de la Escritura, ya entendido de lo que debe hacer, y mantenida su ánima con el pan de la Sabiduría, no se ha de estar siempre sentado, pensando y rumiando consideraciones devotas, y revolviendo siempre libros; *levantarse* conviene a la obra. Porque muchas veces aconteció no ser verdaderos los propósitos buenos que en la lección se tenían, porque faltaron en la obra. Conviene probar las armas en la obra, que habemos cobrado en la lección y oración. Adonde obra no hay, no hay que fiar de buenos propósitos y pensamientos. *Levántase* el Señor a obrar.

*Ponit vestimenta sua*; porque para servir a los hombres, se quitó Él lo que lícitamente pudiera tener; y da ejemplo que los mayores, por bien de los suyos, no usen de algunas cosas que lícitamente pudieran. Si los mayores perdiesen algo de su ornato, que es significado por la ropa, aunque lícitamente, se remediarían con este ejemplo los excesos de los menores, y serían vestidas las ánimas de estos mayores con caridad, cuanto menos lo fuesen en lo de fuera. No miró Cristo a *licet*, sino a *expedit*, y *aedificat, ut Paulus* (1 Cor., 10). *Omnia mihi licent, sed non omnia aedificant, non quaerens quod mihi utile est.* Para servir conviene quitar el ornato, porque muchas veces la pompa del mayor le estorba que no aproveche a sus súbditos. Olvidad la majestad y superioridad, y hacedos humilde, *et sicut unus ex illis*, si no queréis que huyan de vos las ovejas, y que osen llegarse a descubrir sus llagas.

*Quitó su vestidura*, disimuló su alteza, porque el que *induit fortitudinem* (Ps., 32), de aquí a poco *coepit taedere, et pavere* (Mc., 14).

*Misit aquam in pelvim.* Él por sus mismas manos obra. Obra personal ha de tener el superior temporal o espiritual, y no se ha de contentar con echar agua con manos ajenas.

Toma toballa, con que se ciñe para limpiar los pies después de lavados; porque hay algunos que con su propia ropa limpian las ajenas inmundicias, y quedan

ellos sucios de limpiar los otros. Quien entiende en limpiar ánimas ajenas, mire que tenga lienzo ceñido, donde reciba las ajenas inmundicias. Porque hacer a otros buenos, y de allí quedar él malo, tentado o caído, o con otras faltas, no es a Dios agradable. Tenga virtud tal, que no se le pegue la maldad que del otro quita.

*Tu mihi lavas pedes?* Tenéis razón, San Pedro. Y ¡ay del desvergonzado que, cuando comulga o dice Misa, no se confunde, espanta y sale fuera de sí! *Tu intrasti in stomachum meum!* ¡Yo delante de ti! (*Lc.*, 5): *Exi a me Domine*, etc.

*Quod ego facio tu nescis modo.* Cree, obedece; no te lo quiero decir el por qué lo hago, porque más merezcas con creer y obedecer, sin saber; haz lo que mando. Sufre, hombre, lo que Dios te envía, aunque no entiendas el porqué; espera a Dios, que antes de mucho verás—aquí o en el otro mundo—, cómo en eso procuraba Dios tu bien, aunque tú te quejabas de ello. Cree ahora; que *scies autem postea*.

Porfía San Pedro en su humildad, y amenázalo Cristo que lo perderá. ¡Oh recia cosa! ¡Quién dijera que San Pedro hacía mal en porfiar cosa de tanta humildad! ¿Qué espera el soberbio de tener parte en Cristo, si el humilde es amenazado, que no la tendría? Porque la humildad que no es obediente, no es humildad. Y no se engañe nadie con color de virtudes; que si es porfiado en ellas, si las hace por su propia cabeza contra la obediencia de su superior, no tendrá parte en Cristo. ¡Qué hoya tan peligrosa, en la cual tantos han caído, y tan mal se han descalabrado, o perdiendo la gracia, o la fe! ¿Qué hace al hereje ser loco? ¿es errar? No; sino el porfiar contra el parecer de los mayores. No se fíe nadie de sí, en bien ni en mal.

*Non tantum pedes.* Porfiado hasta saber la voluntad de su Maestro; y sabida, ¡cuán largo y blando en obedecer! Quien conoce la voluntad de Dios, no queda nada que no se sujete a Dios. ¡Señor, pues yo todo entero me pongo en vuestras manos!

*Qui est mundus...* Contra los herejes, que dicen que no está el hombre sin pecado mortal ni por breve tiempo.

*Scitis quid fecerim vobis?* ¡Oh qué linda palabra para después de comulgar!

*Vos vocatis me Magister...* Todo este negocio tan

admirable, para decirnos fué que tengamos humildad y caridad unos con otros. Muchos hay que no les parece que son cosas de tanta estima, que el Señor hiciese tan admirables cosas para las encomendar.

*Hoc sentite in vobis...* (*Cum littera praecedenti et sequenti*) Preparación para comulgar fué el lavatorio, y significativa de la limpieza que habemos de llevar, aun de los veniales.

## TRATADO 13

### REVERENCIA EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS (II).

#### *Primera parte.*

¡SEÑORAS, RESPETAD LA PROCESIÓN!

*Sanctificamini, cras enim faciet Dominus inter vos mirabilia.*

Santificaos, porque mañana hará el Señor entre vosotros maravillas.

(*Jos.*, 3.) (1)

1.—*Las cosas santas se han de tratar santamente.*

Toda la ley y razón humana y divina pide que a las cosas más excelentes y de valor singular les sea hecho distinto tratamiento y se les dé particular reverencia, distinta de la que se da a las otras comunes cosas. Y con este fundamento mandó el rey Asuero (*Esth.*, 4) que ninguno entrase en su presencia vestido de sayal, porque la bajeza del vestido parecía ofensa a la presencia y vista del rey. Y así vemos ser cosa usada, y muy justa, que los que están en presencia de señores y reyes tienen particular medida en el rostro, hincan sus rodillas, no miran con los ojos a una

---

(1) Si alguno quiere saber cómo predicaba el Venerable Maestro, cómo eran los sermones que volcaban corazones y sacaban a los hombres dando voces, y hacían que las mujeres mudasen vidas y trajes, lea este Sermón, y considere aquellas razones dichas por un hombre santo, y con viveza y espíritu, y verá que no han sido encarecimientos todo lo que hemos escrito. (Lic. Muñoz, edic. *Montaña*, t. III, p. 505.)

parte ni a otra; y con aquel temor reverencial que tienen, honran a sus señores y dan sentimiento de su grandeza.

Y si queremos considerar las cosas más bajas, hallaremos ser verdad que se requiere cierta proporción del que trata, con la cosa tratada; del que recibe, a lo recibido; del lugar, a lo que está en él; pues que ni está bien recibir una purga sin disposiciones que precedan a ella, ni un fuego produce su forma sin que el madero esté para ello dispuesto. Y no está bien un precioso bálsamo en un inmundo vaso de barro; y una mano leprosa y llena de llagas, tocando el oro limpio y resplandeciente, parece que le hace ofensa, por la mucha desproporción que hay entre la inmunidad de la mano y la limpieza del oro.

Y quien considerare cuán guardada es esta ley entre las criaturas altas y bajas, tendrá por cosa muy justa que el altísimo Dios, cuya Majestad es inmensa, cuya faz (2) sobrepuja a todo entendimiento criado, pida a los que han de tratar con Él, que pues Él tiene singular majestad, en comparación de la cual las cosas muy altas son muy bajas y no tienen ser, le den un particular tratamiento lleno de reverencia y puridad, distinto del que se da a las criaturas en el cielo y en la tierra, por altas que sean.

Y conforme a esta verdad, queriendo Moisés llegar-se a la zarza que ardía y no se quemaba, en la cual estaba el Señor, le fué mandado de parte de Él que *se descalzase los zapatos, porque la tierra donde estaba era santa*, por la presencia del Señor que allí estaba (Ex., 3). Y cuando el mismo Señor hizo aquella merced tan grande a su pueblo, de darle los diez mandamientos, en los cuales conociesen lo que a Él le era agradable, y obedeciendo se pudiesen salvar, dice Dios a Moisés (Ex., 19): *Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero; porque en el día tercero descenderá el Señor delante de todo el pueblo sobre el monte de Sináí* (3). Y después, una vez que el Señor hizo merced a Moisés de se le enseñar y pasar delante de Él (Ex., 33), estuvo Moisés metido en un agujero de una peña, y allí postrado—porque la peña

(2) *Faz*; la edición de 1596, *faz*.

(3) Vide Teodoretum.

no daba lugar para más—adoró al Señor con gran reverencia.

Y para que vengamos a nuestro propósito, habéis de saber, que cuando el Señor quiso que su Arca pasase por el río Jordán, y entrando ella en el río, se hiciese aquella gran maravilla, que las unas aguas del río se tornasen atrás, y las otras corriesen hacia abajo hasta que no fuesen vistas, y así quedase camino seguro y sin agua en el dicho río, y por donde todo el pueblo pudiese pasar, pareció—y con mucha razón—al Altísimo Señor que esta maravilla hacía, que la gente que la había de ver y gozar, se aparejase para dignamente recibir tal merced, y mandó al capitán Josué que dijese al pueblo las palabras de nuestro tema: *Santificaos, porque el Señor mañana ciertamente hará maravillas entre vosotros*. De donde parece, que no sólo para tratar con el mismo Señor, mas aun con sus cosas y obras, es menester particular disposición y santificación. Para oír sus palabras cuando dió la Ley mandó que se santificasen (*Ex.*, 19); y al que las ha de hablar le conviene ser santo, porque no diga el Señor aquella terrible y digna palabra de ser temida (*Ps.*, 49): *Al pecador dijo Dios: ¿por qué tú cuentas mis justicias por tu boca?* A los sacerdotes mandó que se santificasen para las cosas del templo. Y los que habían de comer de las cosas sacrificadas y celebrar la Pascua comiendo un cordero, habían de estar santificados, so pena de graves castigos (*Ex.*, 13).

Esto entendía San Pablo cuando, manifestándonos por ejemplo suyo el respeto, la pureza y santificación con que se ha de ejercitar el oficio de la predicación de la palabra de Dios, dice (*Rom.*, 15) que *santificaba el Evangelio de Dios*; no porque él lo hiciese santo, pues que el mismo Evangelio lo es en sí; mas porque, como uno que con mala conciencia trata las cosas de Dios, se dice que las ensucia, porque si pudiesen ellas ser ensuciadas, bastaba lo que él hacía para las ensuciar, y en cuanto es en sí, con aquel mal trato da a entender que las tiene en poco y las tiene por indignas de mejor tratamiento, así, quien las trata con debida santificación, aunque no las dé santidad *en sí mismas*, dasela *en la estimación de su corazón*, teniéndolas por dignas de toda reverencia y de toda limpieza.

Y en este sentido dijo el Apóstol San Pedro a los

cristianos (1 Petr., 3): *Santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones.* Parece recia palabra que el hombre *santifique* a Cristo, el cual es santísimo en Sí, y fuente de cuyo cumplimiento (Jn., 1, 16) (4) todos los que tienen gracia y santificación *la reciben*, sin que nadie la pueda haber de otra parte en mucho ni en poco, porque de Él y no de otro, dice Dios Padre (Ps., 131): *Sobre Él florecerá mi santificación.* Con el cual sentido concuerda San Pablo cuando dijo (2 Cor., 1) *que Cristo, por virtud de Dios Padre, es hecho nuestra santificación*; porque la que tenemos nos viene de Él y por Él. Él nos santifica, haciéndonos verdaderamente de sucios, limpios; y justos, de injustos; quitándonos la inmundicia que teníamos, y dándonos la santificación que nos faltaba. Mas santificarle nosotros a Él, es de otra manera, como declara Isafas (c. 8) diciendo: *Santificad al Señor de las batallas.* Y como si le preguntáramos: ¿Cómo hemos de santificar nosotros a Él, criaturas no santas, a nuestro santísimo Criador?, añade luego diciendo: *Sea Él vuestro temor, sea Él vuestro temblor.* Porque el hombre que a Dios teme con reverencial temor, le trata y le estima en lo que debe, y le sirve y ama como a Señor suyo y ultimo fin, éste le da en su corazón un cierto ser y santificación, pues que lo estima y trata como a cosa santa. Y esto le quita el malo, tratándolo indignamente, y ensuciándolo, si fuese posible, y como el mismo Dios se queja de ello en el Profeta Ezequiel (c. 22).

Y en este mismo sentido deseamos y pedimos a Dios que *sea santificado su nombre* (Mt., 6), dándonos gracia que lo tratemos con aquella reverencia y sentidad que le es debida con mucha justicia; y de no tratarlo así, se queja Dios (Ez., 36, 20) que *le han ensuciado su nombre.*

Mas esto se tenga por cierto, que quien a Dios y a sus cosas no santificare, y con loco atrevimiento indignamente se llegare a Él, que pues él no tiene a Dios por Santo, tratándole sin reverencia, el mismo Señor tornará por su honra, y con el castigo que hiciere, dará a entender que es Santo, y que los profanos y mal aparejados no se han de llegar a Él. Ejemplo de esto lo tenemos en Nadab y Abiud, sacerdotes, hijos de Aarón, que con mal atrevimiento ofrecieron

(4) *Cumplimiento*: plenitud.

al Señor incienso con el fuego que no debían; y estando incensando, salió fuego por mandamiento del Señor, que los tragó, y cayeron muertos delante de Él. Y para que se supiese la causa de este terrible castigo, que daba mucha pena a Aarón, padre de ellos, declaróselo Moisés y díjole (*Lev.*, 10): *Esto es lo que el Señor ha dicho: Seré santificado en los que se llegan a mi justicia.* Justísimo es que el que no tiene a Dios por Santo, tratándole como a tal, sea castigado con tal castigo, que él y todos manifiestamente vean que Dios es de tal majestad y pureza, que los justos han de morar con Él, y los sucios no han de llegar a Él.

## 2.—*Nada tan santo como la Eucaristía.*

¿Habéis oído estas cosas, hermanos? ¿Qué sentís de ellas? ¿Quién hay entre nosotros, que no tenga mucha razón para temer el castigo de las muchas ofensas que al Señor hemos hecho, en la poca reverencia con que hemos estado en su templo, oído o dicho los Oficios divinos, recibido sus Sacramentos, mirarle a Él con nuestros ojos, oír. con poca devoción su palabra, y, en fin, no haber tenido aquella reverencia y pureza de conciencia, que para servirle y para tratar la menor de sus cosas le es justamente debida? Hemos aquí en víspera del santo día del *Corpus Christi* y de la procesión del Señor, fiesta dignísima de reverencia, y de mucha alegría para quien bien la celebrare, y de mucha tristeza y daño para quien con desacato y descuido. Despertad y velad, que esto es menester para bien celebrar el día santo y procesión que Dios ha querido alcancemos a ver. Porque si a Moisés mandaron quitar los zapatos (*Ex.*, 3), si al pueblo que se santifique para oír los mandamientos y para ver la maravilla que se hizo en el río Jordán (*Jos.*, 3), claro está que quien para aquellas cosas menores pide santificación, para ésta que entre manos tenemos la pedirá, y muy mayor, pues esta fiesta es mayor que las otras.

¡Oh grande, dichoso y solemnísimo día, que pone a los cielos en admiración, en el cual se celebra el misterio de que el pan y el vino se convierten en Curpo y Sangre de Jesucristo, quedando en su ser los accidentes del pan y del vino, y conteniendo dentro

de sí al Hijo de Dios humanado, igual al Padre y al Espíritu Santo, Señor de todo lo que hay en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra! Misterio tan lleno de maravillas, que la menor dellas es mayor que arder la zarza y no quemarse, y que ser oídas voces en el monte Sinaí, y que tornar las aguas del río Jordán hacia atrás. Maravillosas cosas son éstas; mas son maravillosas *en las criaturas* por el Criador. Mas las maravillas de aquí son hechas *en la misma persona del Criador*, y por medio de un sacerdote, que es criatura. *Santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre nosotros.* Y en el nombre del Señor os digo: *Santificaos, porque el Señor os hará mañana mayores maravillas entre vosotros.*

No es invención ésta de mi cabeza, sino ordenación (5) del Espíritu del Señor, que en el Concilio de Viena mandó «que los Obispos, por sí o por los ministros de la Iglesia, avisasen al pueblo el domingo de la Santísima Trinidad, que se aparejasen para el quinto día con oraciones, confesiones y limosnas y buenas obras, para dignamente celebrar esta fiesta, recibiendo al Señor y reverenciándole en la procesión». Y en pedir cuatro días de aparejo y santificación, habiendo pedido para las otras un día o dos, nos da claramente a entender, que pues aquí se pide mayor santificación, nuestra fiesta es mayor que las otras. ¿Qué proporción tiene aquel Arca de madera de Setín, aunque dorada, que llevaba dentro de sí las Tablas de la Ley, y un vaso de Maná, y la vara de Aarón, con la preciosísima Humanidad de Jesucristo nuestro Señor, en la cual mora por unión personal el Verbo divino, Dios verdadero? Y por una maravilla que allí se hizo en el río Jordán, hay aquí tantas, que no se pueden contar. El fruto de aquel milagro fué entrar a poseer tierra y cosas de tierra; y por esta Arca divina pasamos nosotros del pecado a la gracia, y de la pobreza de la tierra a las riquezas del cielo.

Y si cuando fué dada la Ley descendieron los ángeles al monte Sinaí para hablar en persona de Dios, llevaremos nosotros mañana al mismo Señor en la procesión, y ellos descenderán a le acompañar y servir. Allí fué dada la Ley, mas no fué dada la gracia; y Ley sin gracia, ocasión es para más pecar, como dice San Pablo (*Rom.*, 3). Mas este Señor, cuya fiesta es

(5) Ordenación; la edición de 1596 dice acción.

mañana, es de quien dijo San Juan (1): *La Ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad, por Jesucristo son hechas*. Truenos terribles, sonidos de cocina, y espantables relámpagos hubo allí, tanto, que el pueblo, atemorizado, huía de Dios y decía a Moisés: *Háblanos tú, y oiremos; no nos hable el Señor, porque no muramos* (Ex., 19). Muy de otra manera será nuestra fiesta mañana; porque aunque está escrito (Hebr., 12) que *Dios es fuego que consume*, iremos mañana juntos con Él, y su fuego no nos destruirá; y si destruyere, será a nuestros pecados, para que nosotros quedemos limpios y purificados como oro en crisol.

No hay mañana espanto de truenos, ni de relámpagos, ni cosa alguna que nos haga huir de temor; manso va el Señor y callado como un cordero, y con entrañas encendidas de amor para darnos lo que nos cumple: y todo lo que allí se ve y se cree nos convida a que nos lleguemos a Él, a recibir de su mano el perdón y la gracia, y a descansar de nuestros trabajos, y a esperar la gloria que está por venir. ¿Veis con cuánta razón se nos pide que desde el domingo y aun desde antes nos aparejemos y santifiquemos para esta solemnísimas fiesta?

### 3.—*Muchos harán mañana fiesta a sí mismos.*

Mas esto es lo que yo temo, y con mucha razón me da pena, que como tal fiesta como ésta había de ser celebrada con un amor y una reverencia que pareciese a la que en el cielo tienen los santos y ángeles a este Señor, no sé si ha de haber entre vosotros algunos que no sientan esto de esta manera, sino que piensen con terreno sentido que esta fiesta se instituyó solamente para holgarse y corporalmente regocijarse los cristianos en ella; y que haya algunos que estén tan ajenos de limpiarse de los pecados pasados, que por ventura cometan en la fiesta algunos pecados, que si no fueran en ella, no los hicieran.

¡Oh lamentable desdicha, que enfermes con la medicina, que te ennegrezcas con la blancura, y que llegue tu maldad a tanto, que de fiesta tan santa, de la compañía de Dios, de la bondad que usa yendo en la procesión con nosotros, tú no te aproveches de tanta bondad, mas que saques maldad! Cristianos,

cristianos, no es esta santísima fiesta para hacer ofensas a Dios, sino para deshacer las hechas, y dar al Señor un día bueno, celebrando con tanta santificación, que le dé a Él entero contento y placer. No solape nadie, no, hacer fiesta mañana a sí mismo y a su vanidad, debajo de título de fiesta del Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor.

Y aunque entiendo que hay muchos entre vosotros que de tal manera os habéis aparejado y aparejaréis, que deis en esta fiesta gloria y contentamiento al Señor, y que el oír el domingo de la Trinidad que el jueves siguiente era día del Cuerpo de nuestro Señor os puso un alegre cuidado de aparejaros para tal fiesta, y un entrañable deseo de que ya hubiese llegado este día para recibir al Señor con mejor aparejo que os fuere posible, acompañarle en la procesión con amor entrañable y reverencia cristiana, con que deis placer al Señor que la recibe, y a los prójimos que os miraren, y al predicador que os amonestó; así sospecho que hay algunos entre vosotros que antes que viniese esta fiesta les nació cuidado, no de celebrarla al Señor, mas de celebrarla a sí mismos. Alegre cosa es hablar de los unos, y triste haber de hablar de los otros; mas habéisme de dar licencia para, si por ventura algunos de estos tan mal mirados, y que vuelven esta fiesta tan al revés, hurtándola a Dios y tomándola para sí, siendo amonestados por mí de este su error, se quisieren enmendar, y celebrar fiesta al Señor, convendrá hablarles una palabra.

#### 4.—*Tú que robas a Cristo las miradas de los hombres.*

Decidme, buena mujer, baja o alta, quienquiera que seáis, si estos días pasados, especialmente esta noche, ponéis vuestros pensamientos en cómo saldréis mañana más curiosamente ataviada que otros días, para hacer fiesta a vuestro vano contentamiento y a los ojos vanos de los que os quisieren mirar, vos también miraréis a todo lo que se os antojare, y por ventura almorzaréis mañana mejor que otros días, sin daros pena ni mirar en ello, de cómo os quedáis sin comulgar y recibir el manjar que del cielo vino. Tendréis vuestro corazón derramado en vano, y quizá con pensamientos más ruines que otros

días, el cuerpo liviano para la vanidad, pesado para rezar y para otras buenas obras; ponerlos heis a una ventana, como ídolo en alto, para ser vista. Haciendo estas cosas y otras semejables mañana, decidme, por Dios, ¿cuya fiesta celebráis, de vuestra vanidad o del misterio de Dios? ¿De vuestro corruptible cuerpo miserable, o del precioso Cuerpo de Jesucristo? Los niños, las piedras lo dirán, los ciegos lo verán, que tal fiesta celebráis cuales obras hacéis, y que para aquel celebráis fiesta a quien dais contentamiento con ellas.

La fiesta del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con templanza en los vestidos, en la abstinencia del cuerpo, con agradecido corazón y devotas lágrimas, con haberlo bien recibido, con acompañarle con reverencia y devoción, se ha de celebrar, si a Él se hace la fiesta: porque estas y otras semejantes cosas son las que Él pide, y son agradables delante de sus ojos, y dan contentamiento a su Corazón. Mas de éstas ninguna lleváis vos, y de las contrarias vais llena. Más parece que vais a fiestas carnales, que espirituales; a bailar con el cuerpo, que a gozar de Dios con el ánima; y aun lo que peor es, que vais más ocasionada para pecar y hacer caer en pecados, que para incitar y dar ejemplo de que sirvan a Dios, declarando que, o vais deshonesta, o a lo menos que hay vanidad en vuestro corazón en ir tan aderezada y vistosa, que parece que queréis—o o lo menos sois causa de ello—que los hombres mañana quiten los ojos de mirar al Señor y los pongan en vos.

¡Oh desvergüenza tan grande! ¿Quién hay que no vea que si fuese a desposarse un rey, o una reina, no se debía sufrir que algún criado a criada suya fuesen con su señor más ataviados y vistosos que el mismo señor, y fuesen causa que los ojos de los que van presentes dejasen de mirar al rey por mirar al criado? Hermana, en el día de vuestra fiesta que a vos se hace en vuestro casamiento, o cosa semejable, que vos sois la principal a quien se hace la fiesta, ataviaos en hora buena. Aunque la mujer cristiana en todo tiempo y lugar ha de tener tanta templanza y modestia en sus atavíos y trato, que siempre resplandezca en ella la cristiana humildad, cuya honra ha de ser en la cruz y no en los vestidos, como

dice Tertuliano (6). Mas tal día como mañana, que ni se hace la fiesta a vos, ni por vos, ni vais vos a vistas, sino Jesucristo, ninguna razón sufre que vos le quitéis su vez, ni le robéis los ojos de sus cristianos.

Y tened entendido, y entiéndanlo todos, que si el Señor quisiese descubrir la hermosura de su Cuerpo precioso y glorioso, ni tendríamos que rogaros que no saliésedes muy ataviada mañana, ni aunque lo saliésedes, tendríamos temor que dejasen los hombres de mirar a Él por miraros a vos. Ese sol, que en el cielo veis tan resplandeciente y hermoso, es pura obscuridad y fealdad en comparación de la hermosura de nuestro Señor Jesucristo que allí va; ¿cuánto más lo seréis vos, cuya propia hermosura—la cual Él os dió—es muy poca en comparación de la de Él; y la que vos queréis acrecentar y fingir con los aderezos inventados por el demonio está tan lejos de ser hermosura, que para quien la sabe esimar es fealdad verdadera y muy bastante para que quiten los ojos de vos? (7). Una vez quiso el Señor en este mundo enseñar la hermosura de su Cuerpo en el monte Tabor (*Mt.*, 17) y quedaron los que le vieron tan aficionados y tan satisfechos, que tuvieron por gran bienaventuranza cebar siempre sus ojos en tal hermosura, aunque ni bebieran, ni comieran, ni tuvieran otra riqueza. Y cierto, nosotros haríamos lo que ellos hicieron, si viésemos lo que ellos vieron, y se quitase el Señor su velo que allí le encubre para que le pudiésemos ver faz a faz. Y si esto no hace, no es por privarnos de tanto placer, mas por darnos ocasión de mayor provecho. Porque yendo escondido a los ojos corporales, hay hombres tan vanos, que los quitan de Él, y los ceban en la faz de la mujer vanamente ataviada no faltarán para estos tales castigos.

##### 5.—*¡Arrojadla de la ventana!*

Mas procurad vos, si agradar queréis al Señor, de no poner a nadie tropiezo, ni ir tan vistosa, que seáis escándalo para los flacos; unos de los cuales pecarán

(6) Vid. *Cypr. de ornat. mulier. impudic.*

(7) *Cyprian.*

venialmente en miraros, y si la maldad de su corazón llega hasta consentir en codiciaros, cometerán pecado mortal; y si son muchos los que os codician, muchas ánimas mueren por vos; y morir una sola, es mayor daño que morir todos los cuerpos que se han criado en el mundo y se han de criar hasta el fin de él. Y habiéndose perdido tantas ánimas por ocasión vuestra, acabada la procesión iréis muy contenta a vuestra casa, y diréis que habéis andado en la procesión, y celebrado la fiesta del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y según verdad, habéisle a Él ofendido, y robádole su hacienda, y héchole fiesta al demonio; pues ha cazado con vos, como con ave muerta, muchas ánimas que estaban vivas, y codiciándoos a vos por mal consentimiento, murieron. Día vendrá en que tanta maldad sea castigada. Y si os pusisteis, como el dios Dagón (1 Reg., 5) en igual lugar con el Arca de Dios, y aun lo que peor es, que quisisteis más ser honrada y vista que Jesucristo nuestro Señor, Arca divina, derribaros ha Dios, no cortándoos los pies y las manos, mas castigándoos en cuerpo y en ánima, pues aquí le quisisteis robar su honra y ocupar los corazones de los hombres, que tan justamente le son debidos.

Un día entró el capitán Iehú, por mandado de Dios, en la ciudad de Iezrael a hacer venganza de lo que había aquel pueblo pecado (4 Reg., 9); y la reina Jezabel, por evitar el castigo, pensó aficionar a sí el capitán Iehú, y púsose en una ventana por donde él había de pasar, muy ataviada y alcoholada; y salióle muy al revés el negocio, porque pasando él por allí, y alzando sus ojos a la ventana, vió aquella mujer muy ataviada, y preguntó a los que iban con él: *¿Quién es aquella mujer?* Los cuales respondieron: *Aquella es la reina Jezabel;* y luego en oyéndolo el capitán Iehú, dijo a unos hombres que estaban a la ventana con ella: *¡Arrojadla de esa ventana abajo!* Y como fué mandado, así fué obedecido, y la sangre de su cuerpo roció las paredes por donde cayó, y después de caída en el suelo, las uñas de los caballos la hollaron y mataron. Y no paró en esto, que después los perros la comieron su cuerpo, según Dios lo había amenazado y mandado profetizar. Y espantados de tal castigo los que pasaban y la miraban, decían: *¿Esta es aquella Jezabel?*

¡Oh mujer, a quien esto toca, quienquiera que

seas! ¿No ves que pasará mañana nuestro Señor por donde tú estás la cara acicalada, los vestidos curiosos, los ojos poco honestos y derramados, el corazón indevoto? ¿Qué piensas que dirá de ti? Lo que dijo Iehú de Jezabel; preguntará: *¿Quién es aquélla?* Cosa por cierto digna de ser considerada y temida. Señor, ¿que preguntáis quién es aquélla? Parece que de ataviada no la conocéis; aunque ella por ser más conocida se atavió. Señor, criásteisla Vos, habéisla dado a vida hasta esta hora; sabéis Vos muy bien quién es, y hasta sus más secretos pensamientos son a Vos manifiestos; sabéis lo que ha de hacer; sabéis cuándo ha de morir; sabéis si la habéis de echar en el infierno o llevar al cielo, ¿y preguntáis quién es aquélla? Declaradnos, Señor, esta vuestra pregunta; porque parece es semejable a la respuesta terrible que daréis a las vírgenes locas: *En verdad os digo que no os conozco (Mt., 25).*

San Ciprián, obispo y mártir, nos declara esta duda en el tratado que hizo del atavío de las vírgenes consagradas a Cristo, y de las otras mujeres también, donde afirma que «no los ángeles buenos, sino los demonios, enseñaron a horadar las orejas y ponerse zarcillos, pintar los ojos, ponerse afeite y color, teñir el carmesí, y todo género de vanidad y curiosidad de atavío». Y según esto, no se espante nadie que el Señor no conozca a las tales mujeres, viéndolas vestidas al traje de su contrario el demonio.

Y con mucha verdad y razón dirá el Señor: «Yo de mucha llaneza y simplicidad usé en mis vestidos, y mi Madre sagrada también; y así lo mandé yo a mis cristianos, para que aun en la humildad exterior pareciesen no ser del mundo, sino de mi bando; y que lo de fuera fuese tan honesto y lleno de edificación, que diese testimonio que el corazón de mis cristianos desprecia el mundo y sus pompas, y tiene por verdadero atavío mi gracia y virtudes. Mas esto que veo, no es obra mía; obra es de mi enemigo, contradicción de mi voluntad, traje profano, ocasión de pecados, señal de liviano corazón; no lo conozco, porque no lo apruebo, aunque para castigar no lo ignoraré.»

Y el castigo será, que ni el Señor mañana holgará que le mires, porque no tienes aquellos ojos que de corazón limpio y cuerpo cristianamente ataviado han de proceder para darle contento, ni Él holgará

de mirarte, antes apartará los ojos de ti, porque no ve cosa de esas que tienes, que sea agradable en sus ojos; y sabe Él muy bien que el menor cuidado que tú tuviste fué de ir mañana a la fiesta con los atavíos del cuerpo y ánima que le diesen contentamiento a Él. Mañana te verá puesta a la ventana, y notará muy bien cuán ajena estás de como era razón que estuvieras en su presencia y procesión. Y en el día de tu muerte, cuando Él venga por mandamiento del Padre a galardonar a los buenos y castigar a los malos, entonces te hará cargo de cuán mal celebraste su fiesta. Y no sólo no se aficionara a tu vano atavío, ni te dejará de castigar por él, mas lo castigará como cosa desagraciada a sus ojos.

Y viendo que tenías cuerpo vestido con ricos y costosos vestidos, y cara hermoseada con mucho artificio, y la triste de tu ánima desnuda de caridad y afeada con pecados, mandará a los demonios, ejecutores de su justicia, los cuales te incitaban a la maldad y a la vanidad y te acompañaban en ellas: *Derribadla de esa ventana*. Y será así hecho; y del estado de honra en que estaba, y del atavío de muchos y costosos vestidos, será derribado tu cuerpo en una angosta sepultura; y echándote tierra encima, te pisarán hombres, y aun por ventura animales que pasarán sobre ti. Allí se podreecerá ese tu cuerpo, y se parará tan hediendo, que ninguno pueda sufrir el mal olor dél. Y verás cuán poco te aprovecharon los vanos vestidos, curiosos olores y demasiados regalos con que criaste un manjar de gusanos. Verte han enterrar; y enterrada, acordarse han los hombres de la lozanía que tu cuerpo tenía; y entonces, de verte tan fea y que te han de comer los gusanos, dirán con grande espanto: *¿Es ésta aquella Jezabel*, tan ataviada y lozana, que parecía que no había de morir?

¡Oh váleme Dios, y cuán vana es la gloria del cuerpo, cuán presto se pasa, cuánta fealdad le sucede, y cuán ciego es quien esto no ve, y cuán imprudente quien no la desprecia, y no pone su cuidado en el atavío del ánima, que ha de durar para siempre! Hermana mía, en esto para el cuerpo y su vanagloria, y así lo castiga Dios con deshonor, y corrupción, y hedor.

Mas el castigo del ánima que por tener mucho cuidado de servir al cuerpo, regalándole y buscán-

dole entretenimientos, y vistiéndole muchas veces, anda desnuda el ánima, muy mayor será. Dios os guarde, no diga Dios a los demonios que os derriban el cuerpo: «Arrojadle también en el infierno su ánima», adonde se cumpla espiritualmente lo que Dios tiene amenazado a las tales mujeres, diciendo (*Isa.*, 3): «Porque se ensalzaron las hijas de Sión, y anduvieron con el cuello extendido, y mirando vanamente con los ojos, regocijábanse y andaban con pasos entonados; hará calvas las cabezas de las hijas de Sión el Señor, y quitarles ha sus cabellos. Y en aquel día quitará el Señor el atavío de sus calzados. *Pro eo quod elevatae sunt filiae Sion*; y tendrán hedor en lugar del suave olor que acá tuvieron, y por la cinta tendrán una cuerda, y calva por el cabello serles ha dado cilicio.» ¡Oh qué mal fin tiene el demasiado atavío del cuerpo y descuido de atavío del ánima! pues el que no lleva atavíos de fiesta, que son gracias y virtudes, celebra mal las fiestas de acá, y está fuera y lejos de la gloria de Dios, donde hay desnudez, fealdad, batimiento de dientes, y pena para siempre jamás.

No se atreva la mujer cristiana a desenfrenarse en sus atavíos, aunque sea rica, moza y noble; ni siga las inclinaciones de su corazón, porque no tenga que llorar para siempre.

## 6.—¿Qué se me da a mi?

Espero en nuestro Señor, que algunas de las mujeres que aquí estáis conoceréis aquesta verdad, y compungidas con estas palabras os pese el poco cuidado que habéis tenido otros años de ir a estas fiestas; de manera que si algunos se hayan escandalizado en vuestros atavíos y vista, que desde mañana comenzaréis a tener cuenta con ataviar vuestras ánimas, para salir a las fiestas con aquel cuidado que otros años ataviábades los cuerpos; y en el atavío déstos os contentaréis con una cosa mediana, que no provoque los ojos de los hombres a os mirar, ni por muy ataviadas ni por muy despreciadas. Echeos Dios su santa bendición a las que este propósito habéis concebido, y déos fuerza del cielo para que

toda vuestra vida la podáis cumplir, y escapéis del peligro tan grande, vuestro y ajeno.

Mas aunque me alegro de considerar a estas tales mujeres, penome de pensar que por ventura habrá otras a quien esta verdad se les torne en mal, y que ciegas con la afección de sus atavíos, e ignorantes de la Ley de Dios, y aun engañadas del enemigo, en lugar de enmendar su desenfadada y dañosa soltura, la quieran defender, y añadan mal a mal, diciendo con ánimo obstinado: «¿Qué se me da a mí de lo que hacen los otros? ¿Soy yo cura (8) de ellos? Tenga yo mi corazón limpio de todos esos malos deseos; que si los hombres quieren pecar, ¿qué culpa les tengo yo? Mire cada uno por sí; que no tengo de estar atada por nadie para no ataviarme, pues tengo con qué.»

Libre y no cristiana respuesta es ésta, y paréceme muy semejable a la que daban unos cristianos en el tiempo de San Pablo (*Rom.*, 14), los cuales, como eran sabios, entendían que aunque un manjar fuese sacrificado a un ídolo, no por aquello era más pecado comer de aquél, que del otro. Y así, cuando se hallaban en algún convite de algún infiel, y había en la mesa algún manjar de éstos, comían de él (9) sin ninguna diferencia y ningún escrúpulo. Mas como donde hay sabios hay también otros que no lo son, y adonde hay fuertes hay flacos, había también entonces otros cristianos que no sabían aquesta verdad, y pensaban que comer de lo sacrificado al ídolo era honrar al ídolo; así, ni ellos osaban comer de aquellos manjares, ni tenían por buenos cristianos a los que los comían. Y otros había que pasaban más adentro, y que decían: «Pues éstos son sabios y gente principal, y comen de esto, aunque pequen en ello, no es mucho que yo también coma, aunque peque en ello.» Y aunque los sabios entendían esta flaqueza y grande ignorancia de aquéstos, no por eso dejaban de comer los dichos manjares, diciendo: «¿Tengo yo de estar atado a no comer lo que según verdad no es malo, porque al otro ignorante se le antoje que yo hago mal? Si él por su necedad, pensando que

(8) *Cura, curador, tutor*: persona que tiene el cuidado de otro.

(9) *De él*; la edición de 1596 dice *de los otros*; pero no hace sentido.

peco en aquello, lo come, yo que sé que no peco, quiero usar de mi libertad, y no tengo de perderla por nadie.»

Veis aquí, señoras, una respuesta semejante a la vuestra. Veis aquí un corazón amador de cumplir su apetito en comer—el vuestro en ataviaros—, sin dárseles nada a aquéllos, ni a vosotras, de que el prójimo flaco peque o no peque. La obra que aquéllos hacían y la que vosotras hacéis, diferentes son; mas las palabras y apetitos de cumplir vuestra voluntad, sin tener cuenta con lo que al prójimo toca, uno mismo es. Y por eso daremos una misma respuesta a vosotras, y a aquéllos; que para que no la tengáis en poco, por ser mía o de otro hombre, como de persona que puede errar, os diré la respuesta que el Espíritu Santo, espíritu de verdad, que no puede mentir ni ser engañado, dió a aquellos sabios amigos de su libertad, por boca de su ministro San Pablo, la cual dice desta manera (1 Cor., 8, 9-13): *Mirad que esta vuestra licencia o libertad no sea tropiezo para los flacos. Porque si alguno viere al que es sabio asentado a la mesa donde se comen los manjares sacrificados a ídolos, ¿no está claro que la conciencia de éste, siendo flaca, y pensando que hace en ello mal, será provocada a comer de aquellos tales manjares? Y perderse ha por la libertad de tu conciencia a queste prójimo flaco, por el cual murió Cristo. Y pecando de esta manera contra vuestros prójimos, e hiriendo la conciencia flaca de ellos, contra Cristo pecáis. Por tanto, si el comer algún manjar escandaliza a mi prójimo, no comeré carne para siempre, porque no escandalice a mi prójimo. Porque si por comer algún manjar, tu prójimo es entristecido, ya no andas tú según la Ley de la caridad. No quieras por tu manjar, echar a perder a aquel por el cual Jesucristo murió... No quieras por tu comida destruir la obra de Dios. Buena cosa es no comer carne y no beber vino, ni otra cosa, por la cual tu prójimo es ofendido, o escandalizado, o enflaquecido en la virtud. (Rom., 14, 15, 20-21).*

Todas estas palabras dijo el Espíritu Santo por boca del Apóstol San Pablo, aunque no en un mismo lugar. Y aunque se dijeron a los de aquel tiempo, hanlas de tomar por dichas a sí mismo las personas a quien tocan, pasadas, presentes o por venir, hasta que el mundo se acabe; porque la Ley y palabras

de Dios no se acaban con las personas a quien fueron dichas; mas como dice Job (33): *Una vez habla Dios, y no torna a decir lo ya dicho*. Porque en la divina Escritura, que son palabras suyas, se habla con todos los de todos los tiempos, sin que sea menester hablar a cada uno por sí, diciéndole a él en particular lo que en común dijo a él y a los otros.

Así que, señoras, tomad estas palabras por respuesta de Dios, a vuestra mala respuesta y malos propósitos; y entendid, que aunque la lengua o mano que esto habló o escribió fueron de carne, mas el principal autor Dios fué; y por eso, antes *perecerán cielo y tierra*, como el Señor dijo, que estas palabras dejen de ser verdaderas.

Y con todo eso temo que, como habéis entendido con más tiempo y con más cuidado en aprender consejos y maneras de ataviaros, y hacer otras obras desaprovechadas y aun dañosas, más que en aprender la Ley de Dios, fundada en caridad de Dios y del prójimo, no sé si os han de parecer bien estas palabras, que ponen freno a vuestros apetitos y atan vuestra libertad, cuando de ella se sigue daño al ánima de vuestro prójimo.

#### 7.—*¡Ni tenéis caridad, ni tenéis parte con Cristo!*

Cosa es digna de consideración y de llorar, cómo siendo el mandamiento de la caridad del prójimo *semejable* al mandamiento de amar a Dios, y siguiendo después (*Mt.*, 22) lo haya hecho el descuido y desamor de los hombres de tan poca estima, que no sólo no lo anteponen a los otros, pero aun no lo igualan, y ponen a la postre de todos. Hombres hay fuertes en hacer abstinencia, y en otras obras penales, y en rezar devociones; y muy flacos en la caridad, como si no hubiera dicho Jesucristo nuestro Señor (*Jn.*, 13): *En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os amáades unos a otros*. Y siendo mandamiento de Dios que primero le amemos a Él, y después a nuestras ánimas, y tras ellas las ánimas de nuestros prójimos, y a la postre la vida de nuestros cuerpos, estamos tan lejos de amar sus ánimas más que a nuestros cuerpos, que hay muchos que sólo el oírlo les da mucho espanto, y a duras penas pueden creer que Dios nuestro Señor haya

mandado tal cosa. Lo cual es señal que están sin la joya de la caridad, porque ésta, no sólo no es pesada a quien la tiene, mas hace a las cosas pesadas ser tan ligeras, que la más terrible de todas, que es la muerte, hace pasar de buena gana por el amigo.

No es conseja, señoras, no es conseja, que habemos de amar más a la vida del ánima del prójimo que la vida de nuestro cuerpo; porque para decirnos esto, perdió Dios humanado la vida preciosísima de su Cuerpo en la cruz, porque nuestras ánimas viviesen vida de gracia. Y quien se contenta con conocer y alabar aquella hazaña tan grande que el Señor hizo, y no la quiere imitar cuando conviene, muy engañado está, y no ha leído—o no lo quiere cumplir—lo que el Espíritu Santo dijo por boca del Apóstol San Juan (1 Jn., 3): *Si Dios nuestro Señor puso por nosotros su vida, también nosotros debemos poner la nuestra por nuestros prójimos.*

Por tanto, señoras, esto os sea notorio, que si en vuestro corazón y estimación se enseñoreare más el amor de vuestro atavío, y aun de vuestra vida, que el de la vida del ánima del prójimo, bien podréis no estar en pecado mortal por no ser deshonestas, mas en pecado mortal estáis por no tener caridad, a la cual pertenece amar con orden, y lo mejor amarlo más. Vestida podréis ir mañana de preciosas vestiduras en la procesión; mas todas aquéllas o serán lana, o seda, o cosas semejantes, hechas de cosas terrenas. Mas de la vestidura de la caridad, por la cual poner en nosotros Cristo murió, y fué abierto su sagrado costado, y herido su sagrado Corazón con lanza cruel, para que viendo aquellas amorosas entrañas con que nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz, le amásemos nosotros a Él y a los prójimos por amor dél, muy desnuda iréis mañana, y fea delante los ojos de aquel Señor, al cual ninguna cosa le parece bien si no hay caridad; y viendo que no lleváis ropa de boda, alanzaros ha de su soberano convite, y aunque vayáis presente a la fiesta, ayuna os tornaréis de ella.

No es palabra cristiana la que habéis dicho con la boca: «¿Qué tengo yo que ver si el otro peca o no peca?» Porque quien no tiene que ver con las ánimas, no se le dando nada que se pierdan o se ganen, no tiene que ver con este mundo, que Dios crió para mantenimiento y regalo del cuerpo del

hombre, y el cuerpo por amor del ánimo, y el ánimo para que se salve. Y menos tendrá que ver con la Encarnación del Hijo de Dios, ni con su santo Nacimiento, ni misterios de su niñez, ni con su santísima vida, ni con su preciosísima muerte, ni con todo lo demás que hizo después de resucitado, porque todo esto obró el amorosísimo Amador de las ánimas, Jesucristo nuestro Señor, para resucitar las ánimas muertas, y conservarlas en la vida de gracia, y después de gloria, que también para ellas aparejó. De manera, que quien no tiene en nada las ánimas, no tiene que ver con este mundo, ni con el cielo, ni con Dios nuestro Señor, ni con sus ángeles, ni con sus Santos, porque todos ellos trabajaron mucho por ellas, y las amaron entrañablemente; y no le resta sino tener que ver con los demonios, que las aborrecen y las inducen a pecar, y con el infierno, donde son castigados con fuegos eternos los que murieron con ánimas frías, por faltarles el dulcísimo fuego de la caridad. No os parezca, señoras, pesada la palabra de Dios, que dijo San Pablo (*Rom.*, 14): *Mirad que esta vuestra libertad no sea tropiezo para los flacos.* Otra vez os ruego, señoras, no os parezca cosa pesada dejaros atar de las dulces ataduras de la caridad, para no ataviaros de manera que los hombres flacos tropiecen en vuestro atavío; y como en aquel tiempo el prójimo flaco pecaba por no usar bien de su ciencia el que era letrado, se pierda ahora por vuestro atavío el hombre flaco, por el cual Jesucristo murió.

¿Hasta dónde era razón que penetrase esta palabra, *por el cual Jesucristo murió?* Hasta allí penetrara, hasta donde penetrare su amor; y para ser el que debe, ha de penetrar hasta lo más íntimo y principal de nuestro corazón, pues nos está mandado que le amemos *sobre todas las cosas.* Cristiano, pesa a tu prójimo con aqueste peso; *que murió Jesucristo por él,* y verás cuán justa cosa es que tú estimes en más que tu atavío al que Jesucristo estimó más que a su vida.

### 8.—¡Cazadoras de almas!

Están tan juntos Cristo y el prójimo, que dice San Pablo en las dichas palabras, *que pecando contra los prójimos, pecáis contra Cristo.* Porque, como dice la

Glosa, «ellos son miembros de Él»; y claro está, que quien corta una parte del cuerpo, a la cabeza y al cuerpo lastima, injuria y ofende. ¡Oh desdichado atavio, que mata el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, y ofende a la Cabeza de hombres y a la Cabeza de ángeles! ¿Que gusto puedes hallar en cosa mezclada con tanta hiel? ¿Qué provecho tuyo con tan gran daño de Dios y del prójimo?

*¡No comeré carne para siempre, por no escandalizarlo!* ¡Oh qué mal hecho hacían aquéllos, por causa de comer de un manjar, escandalizar y hacer pecar al cristiano flaco, que estaba delante viendo los sabios, que por causa de aquello pecaban a su parecer! ¡Oh qué mal hecho hace la mujer sin temor de Dios que sabiendo que algún hombre flaco le está aficionado, según da las muestras de fuera, que parece que la codicia en su corazón, en lugar de dolerse ella del pecado del prójimo y de temer el propio peligro, se huelga de ello, y para acrecentar su locura se le atavía y se le pone delante!

¡Oh caza cruel, nunca vista, que sobrepuja a la crueldad de los tigres, tejer redes de atavíos, e ir las a tender delante de las personas que con razón se debe creer que han de caer en ellas! ¡Aderezas lazo, saeta y espada—que todo esto es el curioso atavío—para que de lejos o de cerca, puedas herir y derramar sangre de ánimas! ¿Qué corazón puede suirir a hacer tan gran maldad y crueldad, pues que el corazón cristiano aun para oírlo y pensarlo no tiene fuerza? Ataviarte para que el ánima muera; echar miel en la ponzoña, para que con mayor seguridad sea bebida; llamar con el señuelo de tu hermesura y ojos halagüeños, para que por la vista entre la muerte al corazón; si esto no es crueldad sobre toda crueldad no sé cuál lo será.

Si quitar la vida al cuerpo místico de Jesucristo nuestro Señor no pone espanto de sólo oír, ¡no sé qué trueno bastará para te espantar! Las buenas obras que no son de precepto, se deben dilatar si el prójimo se escandaliza por ignorancia o flaqueza; los males que escandalizan, ¿por qué se deben hacer? No tengáis éste por pequeño mal, pues que el justo Juez, que ni engaña ni puede ser engañado, *en cuyas manos es terrible y muy espantable caer* (Hebr., 10, 31), ha pronunciado sentencia sobre ello, diciendo: *Quien escandalizare uno de estos chiquitos que en*

*Mi creen, conviene que le pongan una piedra de atahona en el cuello, y sea hundido hasta el profundo del mar. ¡Ay de aquel hombre por quien escándalo viene! (Mt., 18, 6-7). ¡Oh cuán triste parecerá entonces la caza que ahora haces con la lozanía! ¡y cómo pagarás en la profundidad de los infiernos con grande peso, que ni te deje salir ni menear para siempre, la soltura que tuviste en querer con liviandad parecer bien al que te codiciaba!*

Escrito está (Rom., 1, 32): *Que no solamente los que hacen el mal son dignos de muerte, mas también los que lo consienten.* Y pues tú te huelgas de la culpa ajena y ayudas a cometerla, no te tengas por casta, pues te huelgas que otro no lo sea; y serás participante en su pena, pues tienes compañía en su culpa.

Y si decir bien de uno a un hombre que está tan apasionado contra él, que sabes tú que diciendo bien del tercero, aquel a quien lo dices le ha de querer mal, o deshorrar, o procurar de hacerle mal, es grave pecado tuyo, pues pones por tropiezo al que sabes que ha de caer; y si por hablar una mujer a su marido una palabra ociosa, sabe que el marido ha de blasfemar; y en otros muchos ejemplos semejables a éstos, en los cuales, aunque lo que yo digo o hago no sea malo, o livianamente malo (10), sé que otro ha de caer en pecado mortal, yo peco mortalmente, ¿cuánto más lo será en el caso presente, pues la hermosura y el atavío de la mujer son de sí mismos provocativos a que el hombre caiga en pecado? Que no en balde dijo el Espíritu Santo (Eccli., 9, 9): *Por la hermosura de la mujer se han perdido muchos; y de ésta se enciende el mal deseo, así como fuego.*

Muchos, mirando con admiración la hermosura de la mujer ajena, se hicieron reprobados. Y en muy muchas partes de la Escritura amonesta el Espíritu Santo a los hombres que quiten los ojos de las mujeres como de cosa peligrosa y en que fácilmente podemos pecar. Y en decir la Escritura que son *muchos* los que por mirarlas *se han perdido*; y en conformar con esto la experiencia de varones pasados, aunque éstos sabios y fuertes, se sigue claramente que la faz de la mujer ataviada provoca de sí misma a ser codiciada. Y por esto es más cierto que peca; pues, según hemos

(10) *Livianamente malo*: levemente malo.

dicho, que diciendo una palabra que de sí no provoca a pecado, si por ella se sabe que otro ha de hacer pecado, es también ella pecado.

Y aunque el poner la mujer a queste estropiezo a un hombre que es bueno y tiene propósito de no pecar, y sabe la mujer que poniéndosele delante, él con su flaqueza la ha de codiciar, será mayor y más claro el pecado; mas también lo es ponerse delante, sin alguna causa muy justa, al que sabe que ya la codicia, que tiene poco temor de Dios, que con pequeña ocasión codicia a quien tan bien le parece, mayormente ataviándose ella excesivamente, causando con un mal otro. Y cuando San Pablo (*Rom.*, 14) dice *que no coman los sabios aquellos manjares delante de los flacos, si saben que se han de escandalizar*, no hace diferencia si aquellos flacos estén en gracia o no, o sin pequeña o grande ocasión caerán en pecado, sino que se tenga cuenta con sobrellevar su flaqueza, y no darles causa para que caigan por ella.

Y por esto, y porque la mujer mal puede conocer si el que la ha de codiciar está en gracia o no está en gracia, o si para caer ha menester grande o pequeña ocasión, conviene huir, en cuanto pudiere, pequeña ocasión de salir ataviada curiosamente, para ser vista de persona que con razonables conjeturas puede creer que la ha de codiciar o codicia. Porque claro está, que si un prójimo está en pecado mortal, del cual yo le puedo sacar, soy obligado—si puedo—a impedir que no caiga en él, aunque yo ni dé causa, ni ocasión a que caiga en él. Porque el mandamiento de la caridad no sólo obliga a que yo no tenga parte en el pecado ajeno, mas a que lo impida en mi prójimo, en cuanto buenamente pudiere. Y está claro, que un buen cristiano no sólo le dolerá cuando él hace mal a otro, mas también si ve que un tercero le hace mal, y que un león le está cruelmente despedazando; y le impedirá, por las vías que buenamente pudiere. Y así la mujer que entiende que el hombre ha de pecar y caer en los dientes del león infernal por ocasión de ella, aunque ella no dé causa de su parte culpable, debe con mucha razón evitar aquel pecado en el prójimo. Como si supiera que aquel hombre había de codiciar a otra mujer, era obligado a lo impedir, si buenamente pudiera, aunque algo le hubiese de costar.

9.—*No eres del todo casta.*

Que esto tenga por cierto la mujer que no toma pena de que otro la codicie para mal—aunque ella no tenga culpa—, que su castidad no está limpia y cabal como debía estar. Porque la mujer del todo casta, por género de desdicha ha de tener ser mirada de ojos deshonestos, y codiciada de corazón deshonesto. Y así como si la echasen en un cieno, aunque fuese por fuerza, ella se tendría por agraviada, y aunque fuese una ropa suya le daría pena, así saber que su memoria anda en el corazón del hombre sucio, que se anda revolcando en deshonestos pensamientos con ella. le da y debe dar grande pena, y es cosa digna para hacerle derramar lágrimas, y rogar a Dios nuestro Señor que no lo permita.

De Lucrecia Romana, casada, se lee que aficionándose a ella un hombre principal vino a tanto mal el negocio, que hizo maldad con ella por fuerza, estando ausente el marido; el cual después de venido, y sin saber nada de lo que había pasado, ella se lo contó muy por extenso; y después de contado, se echó encima de una espada y se mató, con el gran sentimiento de que aunque forzada, había pasado tan mal negocio con ella. El cual hecho y muerte, aunque los historiadores romanos mucho lo alaban, mas no tienen en ello razón. Ahora consintiese ella en aquel mal, ahora no. hizo mal en matarse. Porque, como dice San Agustín, *si fué adúltera, ¿por qué la alaban? Si no tuvo culpa, ¿por qué se mató?* Mas aunque no contamos este hecho por bueno para que nadie lo imite; contamoslo para ejemplo de que se debe sentir una mujer casta destos acaecimientos, aunque no tenga culpa.

Y si os parece que aqueste caso, por haber llegado al cabo, es digno de sentir, mas el ser deshonestamente miradas o codiciadas, sin pasar adelante, no es de hacer caso de ello, traeros he otro ejemplo de aquella santa mujer Drusíada, casada y hermosa, discípula de San Juan Evangelista, que siendo codiciada de un mal hombre, enviándole él a decir su mala intención, lo sintió tan ásperamente, que a cabo de pocos días murió de aqueste dolor. No os maravilléis, señoras, desto; porque la verdadera castidad es cosa muy delicada, y muy estimada en los ojos de Dios; y cual-

quiera cosa, sabida o sospechada, de tomo o liviana, que en ella le toque, hace temblar a la casta mujer. Y considerando cuán mal puesta está su memoria en el corazón del mal hombre, y cómo de aquellos malos deseos suelen nacer malas obras, que unas veces causan infamia a las buenas mujeres, y otras veces llegan a más, no pueden dejar de temer malos sucesos, sabiendo los malos principios. Porque la mujer que no teme los peligros, presto llorará las caídas.

Y aunque a ella no le tocasen a peligro, duélele que se pierdan ánimas tropezando en ella. Y así Dios, aunque castiga culpados por su divina Justicia, procede con sentimiento de misericordia, que le diera pena, si recibirla pudiera. Y de aquí aprenden los buenos jueces de llorar primero con misericordia a los que han de castigar con justicia.

Y sobre todos tuvo este sentimiento Jesucristo nuestro Señor: que aunque su vida, doctrina y milagros fué tan nivelado con la voluntad de su Padre, y tan provocativo todo al bien de las ánimas, que no pudo más ser, y su pueblo con quien conversó, por su propia malicia y culpa volvió esto al revés, y no sólo no se aprovechó de cosas tan provechosas, mas tropezando en la luz más clara que el mediodía, desconoció, y negó y puso en cruz al Señor que le venía a salvar, por lo cual perdieron sus ánimas con la culpa, y fueron castigados por la divina Justicia con grandísimas penas; mas no le costó poco esto a Jesucristo nuestro Señor, pues sintió tanto el perderse aquellas ánimas y haber tropezado en Él, aunque por culpa dellos, que como dicen los santos, una de las causas que la noche de la Pasión hicieron a *su ánima triste hasta la muerte*, y sudar de su cuerpo gotas de sangre, fué la compasión de aquel pueblo, porque se les tornaba en olor de muerte el olor de vida que Él predicaba.

Y por no contar cada cosa en particular, entended que como el espíritu de Jesucristo nuestro Señor mueve al hombre a desear la honra de Dios y la salvación de las ánimas, y a emplearse él de muy buena gana en proseguir los medios que para ello conviniere, por fuerza es, que cuando ve lo contrario desto, que las ánimas se pierden, ahora sea por otras ocasiones, ahora porque tropiecen en ellos, no le consuela ni le enjuga las lágrimas el pensar: «Yo no tuve culpa en su perdición»; como ni tampoco una buena madre que ve muerto a su hijo, aunque le curó e hizo

por él todo lo que pudo, mayormente si murió por alguna medicina o cosa que la madre hiciese, aunque bien hecha y con buena intención, y sin culpa.

De esto debemos sacar, que si sabemos que otro ha de pecar por cosa que hagamos o digamos, mayormente si no es buena, huyamos con todas nuestras fuerzas de dar mal escándalo a la flaqueza del prójimo.

10.—*Soy amiga de galas, mas no a mala parte.*

Ya entiendo, señoras, que habrá muchas entre vosotras que estéis muy contentas, diciendo en vuestro corazón: «Gloria a Dios, que no me tocan a mí estas palabras; porque ni sé que hombre mal me codicie, ni yo lo quiero, ni plegue a Dios que tal haya. Verdad es, que soy amiga de galas, huélgome de me las poner para parecer bien, mas no a mala parte, ni quiero que nadie con tales ojos me mire.»

Yo también, señoras, doy gracias de que no deseéis ni os holguéis con muerte de ánimas. Mas, pues estamos aquí en presencia de Dios, delante del cual hay particular obligación de hablar verdad, decidme: ¿Tan pocos años ha que venisteis al mundo? ¿tan cerradas habéis tenido vuestras orejas a oír lo que en él pasa? ¿y tan ajenas estáis de las humanas pasiones, que nunca habéis oído ni sentido uán fáciles son los hombres para codiciar mujeres que bien les parecen, y cuán fuertes armas son para los vencer y matar los atavíos desordenados de las mujeres? Y esto no sólo ha acaecido en hombres de poco valor, mas, según la Escritura divina nos da testimonio, hombres fortísimos han sido muertos espiritualmente por ellas. Hay tantos ejemplos de aquéstos que han acaecido (11) y cada día acaecen, que ignorar esto es ignorar que hay sol en el cielo, y cosa que nadie, señoras, os creará, si dijéredes que no lo sabéis; porque en cosa tan manifiesta, o la sabéis o tenéis obligación a saberla.

Pues siendo esto así, no estéis muy ufanas, porque no conocéis muy en particular que fulano o fulano os codicia, pues que tenéis obligación de saber que si vos vais vistosa, llena de galas e invenciones, ha de

(11) Judic., 16; 2 Reg., 11; 3 Reg., 11.

haber gente que os mire, y tras el mirar se ha de seguir el codiciar y pecar mortalmente. Y no veo mucha diferencia en que yendo por la calle os encuentre un hombre, que teniendo sospecha de él que os está aficionado, bebe la ponzoña que lleváis vos, y muere con ella, o que pongáis la ponzoña delante de mucha gente en lugar público, donde hay gente tan flaca, que mirándola ser hermosa en lo de fuera, les de codicia de la beber, y matéis con ella. ¿Qué se me da que vos no sepáis quién la bebe, si ella es de sí provocativa a matar, y vos la ponéis delante de gente que debéis creer que la beberá?

Y si agora no conocéis quién son los que mueren en su ánima por codiciaros, saberlo heis—¡y con har-to dolor!—cuando el día de vuestra muerte seáis presentada delante del juicio de Dios, y seáis acusada de los mismos demonios que os incitaban a hacer la ponzoña, y os digan muy en particular quién y cuáles y cuántos fueron los que murieron por miraros y codiciaros. ¡Oh qué tristes nuevas os serán aquéllas, de ver muertas ánimas por lo que fácilmente pudiérades excusar! Mucho os debieron de costar los vestidos y joyas con que os engalanasteis, mas mucho más caro os costará aquel día haber derramado sangre de ánimas, por las cuales murió Jesucristo, Señor de todos. Y no os valdrá entonces decir delante del acatamiento de Dios lo que ahora libremente decís: «Yo, aunque me huelgo de ser vista, mas no de ser codiciada»; porque si los hombres os sabemos responder a esa fría disculpa, ¿cuánto más os responderá Dios?

Decidme, señoras: si vosotras no tenéis manos para refrenar vuestro propio corazón de ese tan desordenado apetito que de engalanaros tenéis, ¿cómo queréis tener mano en corazones ajenos y les queréis poner tasa: «Llegad hasta aquí, y no paséis adelante; mirad, mas no codiciéis»? Estáisos tres horas enteras tejiendo redes aparejadas, como dice la Escritura, *para cazar ánimas* (*Prov.*, 7, 10), y os desveláis por cuantos sentidos tenéis para hacerlas más sutiles y atractivas que podéis, y luego tendéislas muy bien tendidas, donde hay mucha copia de aves, las más de las cuales no tienen ejercicio de dar vuelo al cielo, pidiendo al Señor socorro para que los libre de vuestras redes; y aun los que dan este vuelo, por presto que lo hagan, se les pega algo de vuestros embarazos; ¿cómo decís: «No quiero cazar a nadie, sino que

se contenten con sólo mirar las redes que yo he tejido?»?

Considerad la humana flaqueza en aquesta parte, y la fuerza que la faz de la mujer curiosamente ataviada tiene en el corazón de los hombres; y veréis que poner os en los ojos de ellos, y decir que os miren y no os codicien, es poner un jarro de agua fria muy fresca en un vaso transparente en tiempo de grande calor delante de muchos sedientos, y decir: «Contentaos con mirarlo, mas ninguno codicie el beber aquesta agua.» ¿Qué cosa se puede pensar más desatinada que aquésta? Poned a los niños la leche delante, y decidles: «Miradla, mas no la gustéis.» Y siendo, como San Jerónimo dice, «la faz de la mujer espada de fuego», daisle cuantos filos podéis, para que más fácilmente y más cruelmente mate las ánimas. Y como el niño, mirando el resplandor de las brasas, le da gana de las tomar, porque no conoce cuánto quemian, habéis de saber, que así hay muchos hombres en edad y niños en virtud, que cuando ven la espada de vuestra faz resplandeciente, la codician gozar, sin entender que debajo de aquella faz apacible está muerte eterna. Señoras, no penséis que llevando en las manos un grande fuego, por más que digáis: «Quiero que lo miréis, mas que no os calentéis», no se ha de hacer lo que deseáis; sino que entre aquella muchedumbre de gente, unos codiciarán muy fácilmente, porque no tienen temor de Dios; y otros que temen a Dios, que son fuertes, recibirán golpe, y aunque con trabajo, escaparán de la muerte; y otros hablará, que aunque tengan virtud, será flaca, y trayendo sus ánimas vivas a la procesión, recibirán heridas mortales, mediante la vista de vuestro curioso atavío. ¡Oh dolor grande, si entenderlo sabéis, que mueran ánimas, porque toméis un poco de vano complacimento, y que presto pasa!

Y no tengáis en poco este mal, de que haya hombres que os codicien, pues que por particular privilegio, como dice San Buenaventura, «fué concedida a la limpísima Virgen María Madre de Dios que no sólo hombre ninguno que la viese no la codiciase, mas que el verla obrase en ellos refrenamiento de sus apetitos, y les pegase castidad en los corazones». ¿Pues por qué, señoras, no deseáis vosotras que nadie os codicie? Y si decís que lo deseáis, ¿por qué hacéis obras contrarias? Pues que la lengua que dice lo uno es testi-